

Los Fantasmas de la Guerra

daniel bernardo grimberg

Image not found.

Capítulo 1

Los Fantasmas de la Guerra (por Daniel Bernardo Grimberg)

I

Américo Ayala hizo una desordenada revisión de su último sueño, un territorio del que apenas conservaba algún material cartográfico para hacer una lectura; ahí había andado como un aventurero a la búsqueda de un mito incierto; esas zonas no eran estáticas, sino que se redimensionaban constantemente. Tuvo tiempo de articular arteros amores, aunque pareció sólo una instancia animal de su existir en el que se generaban truculentas facetas fantasmagóricas, un estadio preliminar al de la vida en cuyas iconografías extravagantes el cielo tomaba por asalto a la tierra y las soberbias eran castigadas.

Con una sonrisa murmuró lo que en sueños le dijo su madre, una hilera de palabra que se referirían a un ayer en el que era un niño desgarrado; pero no logró ordenar a esas apelmazadas imágenes que fueron un fascinante consuelo frente a una guerra llena de rarezas. Creyó posible que los particulares vocablos que le había dirigido, habían surgido de una localidad que estaba a miles de kilómetros. Su madre, que era muy humilde, se conectaba inteligentemente en esas circunstancias desde un pueblo que se esforzaba en integrarse a la continuidad, y en que las casas no tenían baños ni agua corriente, y no llegaban las carreteras que a otras poblaciones habían entretejido signos de fortuna.

Antonia Ayala, le había lanzado descripciones pasmosas, y con melancólicos considerandos le juró que estaba inserta en esa alejada realidad, aunque no pudiera caminar a su lado o bailar; su voluntad era influenciar en Américo y contraponerse al monigote militar que lo tenía a maltraer. Ella lo entrelazaba a sus sugerencias frente a esas míseras degradaciones. El sujeto a que hacía referencia, desde la mañana hasta que el sol apenas se filtraba, le ordenaba a los gritos que hiciera cuerpo a tierra hasta que se le ennegrecieran las uñas de los dedos, y después le tomaba el pelo al explicarle que al revolcarse en el suelo se convertiría al fin en un hombre. Ese tipo suponía poseer la perfección moral y ser el hijo infalible de la patria; su función consistía en asentir por radio, y hacer algunas cuentas causales dentro de un repertorio sistemático de ideas.

Américo había apretado la mano de su madre, después de mantener esa conversación en sueños en la que no tocaron temas acostumbrados, sino sucesos extraños que no tenían bases lógicas, y que, si conseguía

desperezarse del todo, derivarían en ese olvido que es la específica clase de miedo que se tiene frente a la inflación alucinante de conocimientos. Ese controvertido sueño había crecido en intensidad, pero al final se redujo a ser una impune violación de sus sentidos, de acuerdo al proceso de normalización con que a las mañanas, cada hombre se alzaba en sus pies con el escrutinio y propósito de ocupar un lugar definido.

Américo bregó por recordar al rol que se asignó Antonia de protegerlo, a ese amparo que ella encaró como una empresa que trasponía al mundo de lo imaginario. Le había dicho que tenía la paciente aptitud de desdoblarse en el espacio, y que le construiría un refugio entre las piedras con un semblante que no se licuaría con el frío. Y ese no fue un dicho piadoso, ni sapiencial, ni estaba asociado con alguna acérrima locura, sino que se motivaba en su preocupación de madre. Aquello heterogéneo y caótico que había en el exterior, se simplificaría con sólo pensar en ella, aunque Américo ya avizoraba la claridad de un repentino cielo azul como la práctica conspirativa que siempre hacían los amaneceres. Le resultó evidente que el clareado firmamento complementaba al afán del sargento Sampinguelli de imponerle una disciplina horaria.

Américo Ayala retuvo en su conciencia a la voz de su madre que le había hablado con tonos cómplices; Antonia no había sido optimista, pero sí muy elemental, y exigía que su hijo superara a lo nulo que significaba estar en una carpa a la intemperie en donde era presionado a entrar en una guerra. El joven abrió los ojos como un mecánico ejercicio con el que corregiría su desgano. Pero como los sueños no cesaban de ser invasivos, reaccionó fastidiosamente; debía deshacerse de esas imprecisiones que habían mandado sobre su alma.

Ligeramente se rebeló; con la palma de su mano palpó al suelo como una moderada comprobación de que lo que le pasaba era real. Y consintió que la guerra no era aquello que subyacía en su mente (entre delicados sueños), sino una sucesiva consolidación de ruidos y actos que desencadenó la época, una certeza que le pareció muy obvia y que de un momento se iría a cristalizar. Con su angulosa sonrisa estableció que los sueños tenían la misma sustancia que convalidaban los reflejos de los espejos, es decir, eran simulacros. Su obligación era dejarlos atrás, ya que pese a sus peculiarísimos frenesís no lo conducirían a ningún lado.

Américo aceptó que, en verdad, se hallaba dentro de una tienda de campaña en donde sus posibles movimientos eran escasos, y que el sargento Sampinguelli estaba afuera, gritando para que despertara.

Había dejado de ser una mancha plateada, o una interpretación de la vileza que hacía su mente.

Si bien Américo creyó que ya se había ubicado el orden cronológico, por unos segundos los gritos del militar se introdujeron en sus sueños, imponiendo una seriada duplicación: soñaba que el sargento le estaba

gritando, mientras que este, afuera, no paraba de hacerlo. Era como si fuera necesaria esa insaciable cacería para reinstaurar la realidad.

Sampinguelli le exigía que saliera de los laberintos oscuros que no sólo le estimulaban pródigas confusiones, sino también lo mantenían en un estado de engañosa serenidad. Era asombroso como Ayala le planteaba un desafío, ese conscripto se ubicaba entre los más crudos idiotas: era invariable su falta de dedicación y su desidia.

Lo quería ver alineado en fila, que era las antípodas de la dispersión que solía atravesar su mente. Como ocurría en los sueños, Américo Ayala había perdido el privilegio de controlar su vida, y debía efectuar cualquier cosa que el sargento le mandase, de acuerdo a las maníacas confrontaciones que este le hacía, y en las que lo incluía en huestes vándalas extravagantes y difíciles de consignar. El sargento no especulaba, sino que lo trataba sin respeto, y le confesaba que le resultaba muy fácil tomarle bronca.

Sampinguelli fue la causa por las que se renovaron los apelonados temblores del joven, sobre todo cuando le ofreció novedades terribles y jubilosas. Hombre de estatura mediana, pálida piel, y una muy fina nariz que apenas se materializaba, al sargento le gustaba contar sus dramáticas epopeyas con gozoso rigor, y no se hacía pasar por un militar erudito, pero si como un iluminado especialista en estrategia y matemáticas.

Los jóvenes debían salir de ese aislamiento de lo temporal y volver al teatro de operaciones que era el punto culminante del apasionado edificio teórico que había montado. Dentro de un inevitable minuto se cuadrarían con el objeto de declarar una vez más cuan alto era su grado de patriotismo; resueltamente alzarán sus cabezas, y repetirán loables palabras que no serían similares a las insustanciales conversaciones. Como una verdad asentida en el corazón, una vez más jurarían entregar a sus revoltosas juventudes como la necesaria mediación que había que hacer entre la muerte y la patria.

Esos muchachos eran inescindibles a esa operación marcial cuya articulación exigía la ejecución de actos radicales... y si les ocurriera la dicha de morir, eso no sería una abominación o una imprudencia, sino la gloriosa constelación de sangre que los afamará como mártires y héroes que amaron hasta el extremo desfallecimiento a la tierra que les dio todo. El conflicto bélico desatado en las Islas Malvinas, no tenía características abstractas.

Américo escuchó a los insulsos comentarios de sus compañeros. Hablaban de lo que estarían diciendo los periódicos: la gente movilizada en marchas felices, cantantes que los felicitaban en recitales que ejecutaban en estadios que estaban abiertos a las lunas, y la alegría que derivaba de la

determinación que nunca se haría cegara.

Las precederas materias que habían formado sus sueños habían sido completamente destrozadas por la luz matutina. Era imperioso levantarse y generar al movimiento, aunque estos fueran repetitivos y se estructuraran dentro de un contexto en el que no había que pensar en nada: sólo obedecer sin zarandearse. No estaban ahí para redefinir las cosas, ni ser más inteligentes que los altos mandos, y ni siquiera silabear a algunos principios militares coherentes. Aquello que seguiría, estaría más allá de sus voluntades, sus deseos, o de cualquier cosa que pasara por sus cabezas. Y aunque comprendían deficientemente, tenían que alzar su cara con buen ánimo, y demostrar buena disposición a cualquier concebible monstruosidad dentro de esa gesta libertadora.

Sus compromisos y religión se resumían en formar fila, y aceptar que Sampinguelli rigiera en concordancia con su jerarquía. A este, que era el autor tanto de un mutismo fervoroso como de gritos de exterminio, había que verlo en su dualidad de ángel patriótico y oficial valiente que fusilaría en el acto a quien rehuyera completar sus deberes, aquel que meditaba con acierto en las ofensivas o las provocaciones, que se le harían al enemigo al que no le quedaría otra posibilidad que retornar al lugar de donde obtusamente emergió.

Era indispensable reunir una suprema fe en sus peroratas, y no clamarle nada, aunque se tensionaran demasiado y considerasen a sus términos como una maldición. Los soldados debían obedecerlo aunque fuera un lunático porque las cosas únicamente se redondearían a partir de lo que pasaba por su cabeza. Esa era una guerra que no se podía cuestionar, sino que había que fabricarla minuto a minuto sin recurrir a delicadezas.

Américo sintió las frías corrientes de aire, y tuvo la tentación de permanecer dentro de su bolsa de dormir en una posición fetal, y considerar a esa conflagración como una trivialidad o un pasmoso dislate que desaparecería si lo fundía con los sueños. Pero recapacitó que, si no cumplía con la tradición de levantarse, se darían pésimas alternativas en ese incierto momento de su existencia; Sanguinelli se concretaría en destrozarlo, la misma violencia con que destrozaba verbalmente al enemigo, la dirigiría a su persona.

No le quedaba otra opción más que aceptar las penosas panaceas presentadas por ese sargento. Tenía que creerlas sin que se notaran los prudentes límites que conformaban sus gestos (el joven, de lustrosa piel amarronada, en ocasiones no podía frenar a los cínicos testimonios hechos por sus finos labios, cuando los extendía, sin querer, sobre las suaves periferias de sus mejillas y creaban sonrisas que enervaban al militar).

Y no hizo más que repetir: "Ya va, ya va" como oraciones que brotaban sistemáticas, pero de ninguna forma lúcidas. Las ahogó mecánicamente,

sin traslucir raras complicaciones o refinamientos, ya que al sargento Sampinguelli no le gustaba oír de los conscriptos a sonidos ramplones. Pronto, sus esperanzas serían supervisadas por ese hombre que disponía de un explícito arsenal de castigos. Este consideraba como una apetecible virtud el ser tenido como un hijo de puta, y a sus subordinados los inducía a ubicarse en una posición ajena al mundo con el que alguna vez habían sostenido intrascendentes comunicaciones. ¡La guerra los había alejado de los peligros de la superficialidad!

La inestimable totalidad del saber se hallaba en Sampinguelli, que además les narraba cuales eran los acontecimientos históricos sobre los cuales no cabía hacer ninguna especulación.

A Américo, lo que acontecía le resultaba inexplicable. Unas semanas atrás había estado cumpliendo la conscripción en un cuartel de Sierra de la Ventana, silencioso y bien aleccionado en el principio de que lo más valioso era callar. Por entonces, y más allá de las monótonas y enfáticas retóricas de los militares, la vida transcurría de manera normal. Es decir, no pasaba nada importante, y se acataba sin chistar las medidas con que estos ejercían un pendenciero dominio sobre los conscriptos en particular y la población en general.

La función de Américo consistía en custodiar unos portones de metal, con la atención puesta en que nadie se metiera intencionalmente o en forma inadvertida. No sabía por qué hacía eso, pero sí, que si no emprendía con rigidez a ese formalismo lo remitirían al negro abismo de una cárcel. Permanecía firme, sin mostrar emociones, con la vacía transparencia en el rostro que se le exigía al conscripto. Llevaba a cabo esa vigilia hasta que la noche remplazaba con incuestionables sombras a lo que quedaba de luz. De esa forma se arraigaba en el tiempo sin que se produjeran virulentos cambios; día tras día se estacionaba en ese costado como una estatua de yeso. El particular rasgo de su obra era borrarse dentro de ese entorno mínimo, hacer que su brazo, delgado como un cable de cobre, se entrelazase a un fusil, que a su vez era su punto de contacto (o de desasimiento) con la realidad.

Al dejar correr el tiempo en esa manera laboriosamente pacífica, sus días oscilaban entre sueños y aburrimientos. Bien sabía que su compromiso con el ejército estribaba en afianzar actitudes conformistas, y no sonreír ni permitir que anidase un incomprensible brillo en sus ojos. Su obligación era mantenerse erguido en el medio de ese paraje intransitado, y fruncir su ceño como si con eso marcara a lo antinómico de un sujeto que no tenía nada que hacer.

Pero su tirantez se enfocaba en terminar con ese inútil período de su vida, que había sido puesto al servicio de dictadores, cuya colosal contribución al interés público fue hacer que se proclamen, durante turnos cíclicos, a grandes vivas patrióticas. Desprovistos de mayores agudezas, estos

fingían que no temían a nada, e intimidaban a los "ciudadanos" para que no les hicieran estafalarias preguntas.

Después, en las Malvinas, Américo consideró patético el haber gruñido por aquellos esquemas tan simples como irrelevantes, y anheló las huecas implicancias de quedarse parado por horas sin adicionar un sentido a ese magro perdurar.

II

Durante su estadía en Sierra de la Ventana esa guerra resultaba un sinsentido que nunca se le hubiera cruzado por la mente, y el hecho de ser embarcado de golpe a las islas, le produjo aprensión junto a una gran perplejidad. Eso ocurrió de un momento a otro, y le fue anunciado como una inesperada gratificación y una inefable experiencia de la que no estallaría otra consecuencia aparte del ardiente reconocimiento colectivo que recibiría al retornar a su pueblo sin disparar una bala. ¿Qué lugar debía ocupar en ese escenario que jamás había previsto y al que no lograba definir? A partir de ese traspaso a kilómetros del continente, el pasaje manso del tiempo (al que siempre asumió como una obvedad), se tornó capaz de instaurarle una muerte repentina.

Días atrás, sus problemas se reducían a sortear los baches del servicio militar sin juntar muchos odios, únicamente tenía que pasar lo más desapercibido posible y aceptar los parámetros disciplinarios sin suscitar polémicas. Debía vaciar la mente, no pestañear, y fingir aplicación cuando un superior le dedicaba una arenga que bordeaba a lo humillante. Permanecía firme frente a las flagelaciones verbales que sin cesar le eran precipitadas, esperando con cara convencida que sus densos gritos se aminorasen.

Pero eso no funcionó con el sargento Sampinguelli, que se daba cuenta que le daba la razón en todo, por lo que se habilitó a ser cruel, y lo particularizó como alguien detestable.

- "Soldado, conmigo se va a tener que romper el lomo en obedecer, que no es sinónimo de quedarse mudo". Le dijo con acidez y conclusivo contentamiento.

De la noche a la mañana, Américo se halló en el medio de una guerra que le era del todo impredecible. En cualquier momento y desde cualquier plano, su cabeza podía engancharse a una bomba, o ser el objetivo de balas que no serían accidentales sino adefesios metálicos lanzados por diestros francotiradores.

Y el sargento Sampinguelli no hacía otra cosa que conjurar peligros porque recién al quedar desprotegidos adquirirían la oportunidad de

demostrar sus hombrías.

Al perfilar su figura fuera de la tienda, Américo percibió a unos cuantos pájaros que se cruzaron en los campos; era como si se burlaran de la delicadeza con que él recibía al tibio sol, y echaban graznidos que se agregaban a las furias del sargento. El joven sintió como si estuviera en el medio de una cacería en la que lo más probable era que él fuera el pato. Se le presentaban escenografías muy cercanas a la muerte, oía ruidos extremos junto a las demandas de hacer sacrificios pronunciadas por Sampinguelli. Eran problemas que con una muy baja carga de razonabilidad había que ponerles el pecho con gusto.

Américo era oriundo de un pueblo de la provincia de Salta, y también a quién el sargento Sampinguelli le aseguró (con el resto de la tropa) que había sido un privilegiado por haber sido incluido en ese inapreciable episodio histórico. De acuerdo al militar, se enriquecerían en esa guerra que les fue otorgada casi de milagro. La intención del militar era homogenizar de tal modo a su batallón, que los soldados se adhirieran incondicionales al anheloso arte de ganar la guerra. Necesitaba hombres que quisieran forjar enormes prestigios a través del combate, y en ningún momento se inclinaban por las rarezas que dictaba la cobardía.

Sin embargo, había indicios de que no sabía de lo que hablaba.

Américo se preguntaba si, en verdad, la devastadora violencia le enseñaría quien sería durante los sosegados futuros, cuando las ampliaciones patrocinadas por el calendario harían que su cuerpo proyectara a otros tipos de sombras. Su interés en actuar en esa guerra era el mismo que encaramaba a un cojo a participar en un desfile.

El enemigo estaba por ahí, establecido en algún sector de esas colinas que con inquina juntaban mucho barro; constituía una tendencia de ese panorama como las figuras que creaban las nubes, y después se diluían por inabarcables direcciones. Eso exasperaba a Sampinguelli que como descarga, le gustaba reventarle los tímpanos a gritos con la consigna de que así absorbería sus ideas y observaciones. No podía dejar de aguijonearlo, aunque se aseguraba que le planteaba los problemas de la manera más lúcida posible y con rotundidad. Tenía el monopolio de la claridad de lo que estaba sucediendo, y como debía ser visto como un omnipotente no había dudado en estaquearlo apenas las sospechas de que el conscripto titubearía al entrar en combate, se le cruzó por la mente.

Entonces escuchó a los murmullos de los soldados Gabriel Acosta, Pablo Echerravía, y Facundo Bazo, que respondieron con asentimientos emocionados a ese castigo. Este no fue un escándalo, sino un proceso de purificación a través de una modalidad masculina cuando ya no existía márgenes para otro estilo de dilucidación. Durante el cruce en el que

había atado a Américo por algunas horas, alzaron sus cabezas con impresionantes ganas de distinguirse frente al sargento. Habían establecido a esa originaria justicia sin emitir rumores mentirosos.

Esos tres no eran muy altos, pero lucían impecables como soldados, y se mostraban indisociables del sargento a quien veneraban. Este no había hecho más que conducirlos por cerriles áreas que coronaban las piedras; su plan consistía en observar profundamente las zonas que defendían.

Para Echerravía, Acosta, y Bazo, el sargento Sampinguelli era su líder sagaz que nunca los proyectaría sobre un escenario de indefensión.

En esa hora, los tres junto con el retraído Ayala, se colocaron en línea (como lo habían hecho durante anteriores e idénticas circunstancias), y clamaron con cristalina voz que habían recuperado definitivamente las islas, y el futuro sólo traería perturbaciones que serían fácilmente superables. La cuestión era no dar reparos a quienes ocultaban sus presencias, porque todavía no habían juntado el suficiente valor para poner los pies en la tierra.

Los cuatro jóvenes prolongaron sus miradas sobre colinas estériles y eran las vívidas imágenes de sus desarraigos. Ese lugar era un mosaico de verdes y grises, y en el cielo se constataban tonos plomizos. En esa jornada reinaba una calma que no fagocitaba las expectativas de luchar y vencer. Los conscriptos concertaron las prepotencias mortales de sus armas con el poder apabullante que según sostenían con arrogancia, corría por sus venas.

- "Únicamente cesarán de disparar cuando sus uniformes queden manchados con el noble color rojo. Sepan que morir por la patria es el máximo paradigma de excelencia, y no aceptar esto sería una falta vil, y la atroz rotura con el bloque espiritual que formamos los defensores de la soberanía", les arengó Sampinguelli.

Para este, lo importante era que sus hombres no fueran inoperantes ni actuasen con desentonada piedad.

"¡Son soldados de la patria, carajo, y al éxito lo obtendrán si cumplen mis órdenes!", afirmó.

Los jóvenes permanecían alertas, aunque la vaguedad no cesaba de atormentarlos. De golpe, escucharon una bomba que cayó como un grito que apagó el fango de la lejanía. A Sampinguelli, ese inexacto bombardeo le dio la comfortable certeza de que se acercaban al objetivo.

En poco tiempo su prédica no se trataría de asuntos abstractos, y su batallón actuaría como una célula de vanguardia que, gracias a un poder de fuego hegemónico, resistiría en su posición mientras esperaba que el

ejército, en la retaguardia, le diera un grueso soporte que, si sus cómputos no fallaban, manaría con irresistible velocidad.

El sargento contemplaba la guerra con sus estéticas admirables, y durante ese lapso que se desprendía de la madrugada, volvió a anunciar que saldrían victoriosos si se entregaban a cada escaramuza sin egoístas dispensas. Sampinguelli arrojó al aire unas cuantas burlas en contra de Américo Ayala al que acusó de ser un cagón, con la abreviada propuesta de ponerlo como ejemplo negativo para que el resto de los de su tropa fueran, más que hombres dignos, soldados inigualables. Esos tres soldados no tenían nada que temer ya que eran capitaneados por un sargento que entendía muy bien como permear fronteras y demoler defensas acorazadas.

- "El directo contacto con la experiencia de guerra, es el magno afán que les dará un sentido a sus vidas, ya que el verdadero hombre jamás salió de las distorsionadoras y débiles versiones de la paz, sino de la evaluación que se le hace durante un omnisciente conflicto, y eran maricones aquellos que tomaban distancia de la batalla o preferían omitirse", instruyó el sargento.

Este le reiteró cuales eran sus compromisos, al progresar algunos kilómetros y avistar con sus binoculares los adyacentes terrenos que no mostraban mucha definición, pero que de ninguna forma lo acobardaban. Ninguno de los suyos se abstendría de capturarlos, puesto que la disposición a luchar era lo único aceptable para merecer al título de hijos dilectos que el país estaba a punto de darles como recompensa.

Sampinguelli también cuidó del orden y las ceremonias en su pequeño batallón de cuatro soldados. Las botas y los fusiles tenían que mantenerse relucientes, ya que no labrar una buena imagen era tan ominoso como si en el momento más crudo de la batalla, escasearan las municiones.

Era apreciable e inquietante la inmanencia de la nada; el aislamiento era total, aunque eso fuera explayado como benigno según las lógicas de Sampinguelli, quien, pese a su locuacidad, no conseguía establecer un vínculo cabal con el enemigo. El inglés no era ostentoso, pero sí bastante ubicuo, y pese a su recelosa actitud controlaba a importantes recodos del terreno.

Sampinguelli invitó a los suyos a ser bravos, y trabar en sus almas a los valores aristocráticos de los grandes guerreros que con arrogantes sonrisas pisaron las anchas sombras de la muerte. Según su real saber, el enemigo estaba adormilado, y su tropa lo despertaría con un mortal bullicio. El gran error que trastornaba a la composición anímica de un soldado, era no creer que debía en dejarlo todo dentro del campo de batalla, incluso su vida. Las fases naturales en el devenir del hombre eran las de nacer y morir, por lo que una se compelería a transitar ese postrero

tramo con irretractable gloria, es decir, sin oponer una resistencia timorata o procurar alguna de las alternativas con que se solazan los cobardes.

A Américo le pareció que el sargento Sampinguelli acentuaba más las debilidades personales con su vano palabrerío; el miedo era una sensación que se encendía especialmente al nominarlo, y la vida no era el modelo de permisividades o prohibiciones que el Estado le arrogaba al individuo, sino un pacto de amor que se hacía con la familia.

Los cuatro soldados soportaban las presiones del sargento Sampinguelli para que no se encerrasen en un "corralón". Había que salir a enfrentar (aunque sea con una faca) a los ingleses; citarlos a duelos en los que experimentarían sensaciones puras de alborozo junto a las ordinarias propias de las mezquindades. En sus armas residía el impaciente triunfo, y él, como comandante, decidiría cuál era lamejor momento para encabezar la acción. Sampinguelli asumía al desafío de concebir la victoria dentro de los inescapables límites de la sangre. Sus soldados incendiarán los campos y capturarán tantos prisioneros como les fuera posible, y no temerán ser bárbaros, puesto que el cometer terribles excesos era la embriaguez necesaria de los que iban a la guerra.

A posteriori, esos hechos se convertirían en venturosas anécdotas que narraran al ser asediados por miles de curiosos durante sus futuras famas, pero ahora con el filo de sus navajas arrancarán las tripas de quienes aún hacían jueguitos de adivinanzas.

Esas órdenes generaron un ligero desgobierno, porque si bien los soldados entendieron las devastaciones que producirían, no tenían idea en donde el enemigo concentraba sus números.

Américo no le veía sentido a la ciega precariedad de maldecir a quienes no se supeditaban a los sentidos, y odió a las ráfagas de vientos fríos, a las bombas esporádicas del otro bando, y a Sampinguelli que les exigía que no se comediaran ya que en cualquier instante se convertirían en héroes.

Acosta, Boza, y Echerravía, de acuerdo a las órdenes del sargento Sampinguelli y con iracundias, habían hecho algunos avances que les permitirían ingresar al primordial territorio en el que los ingleses serían un blanco fácil, y se desarrollaría a fondo al noble oficio de la guerra. Resultaba imperativo estabilizarse en un mojón de la ofensiva, que sería el epicentro desde donde cometerían catárticas depredaciones.

III

Américo Ayala pensaba de a ratos en su madre y en su novia de nombre María (mejor dicho, las escuchaba cuando lo interrogaban sin ambivalencias, o le advertían de las probables circunstancias. Estaban en

los espacios circundantes, en las nubes, y en las colinas que se extendían por los cuatro costados. Aparecían liberadas de esa trama y pretendiendo ser de utilidad; Américo las oía porque no le concedían un minuto de paz con sus invocaciones. Estaban al corriente de todo con una objetividad que lo dejaba blanco. Américo las percibía como cualquier conjunto de gente lo haría, y en detalles que únicamente él era capaz de discernir. El joven echaba mano a las razones que ellas le interponían en cada etapa de su rodar por ese mundo diabólicamente masculino en el que no había pudor al hablar, se glorificaba a la muerte, y resultaba increíblemente deseable matar a otra persona con una colérica bala.

Esas mujeres flotaban en las islas como seres fantasmales, pero lo mismo hacían los ingleses. Estos, que se habían sometido a un extraño arresto, podían ser conceptualizados, pero no se asumían dentro de cualquier praxis confirmatoria. Los glamorosos ideales de lucha del sargento Sampinguelli chocaban con sus ausencias. Así no era factible desarrollar una perfecta narrativa.

Al cabo de un tiempo, el sargento ordenó otra detención con el designio de arengar a la tropa, y postular de manera irreversible el castigo a quienes se atrevieran (con oprobio) a introducirse en donde ondeará para siempre el pabellón nacional. Sería un juicio sumarísimo: condena y ejecución al mismo tiempo.

Ningún inglés que se trabase en armas con su aguerrido batallón, recordaría al año de su nacimiento, o la calle de la lluviosa ciudad en la que hasta pocas semanas había vivido, o a cualquier episodio de su vida a la que ya no le incorporaría nuevos relatos.

Con esa retórica de furores, Sampinguelli había creado una realidad óptima. Librar una exitosa guerra era antes que nada una cuestión psicológica, y cuánto más arrebatadas fueran sus descripciones, tanto mejor. El sargento Sampinguelli repudiaba que hubiera rezongos en la tropa, o falta de fe en la feliz progresión de las operaciones militares.

Gabriel Acosta, Pablo Echerrevía, y Facundo Boza consintieron con la frente alta de que no había tiempo para titubeos ni perturbaciones, y que la satisfacción por entrar en combate era lo que hacía al hombre más hombre. Por lo que buscaban ansiosos al enemigo por colinas que eran apenas superiores a pantanos, donde no se veía otra gente, y estaban abandonados a la buena de Dios.

Américo Ayala entrecerró sus ojos, y susurró algo a su madre, Antonia, que de niño le había enseñado además de caminar, a articular juiciosamente los espacios.

En esos unos minutos Américo dejó de prestar atención a lo que le decía Sampinguelli, hasta que volvió a oír su opresiva voz que más que animarse se tensaba. Había maniobrado a la tropa hacia esa zona en donde se avistaba lo que había alrededor con mayor lozanía. Alzó levemente su rostro que era una masa blanca en la que sobresalían sus lentes de sol: Américo había entrecerrado sus ojos, y en su rostro presentó a una torcida sonrisa.

Eso fue notado por el sargento Sampinguelli quién lo acusó de perderse una vez más en la apatía y no reunir entusiasmos patrióticos. ¿Qué pajarito le estaba picoteando la cabeza? Su actitud reflejó a groseras vanidades... ya lo había convertido en un miserable al que había estaqueado por su propio bien, y todavía se atrevía a desafiarlo. ¿Tenía conciencia de lo que le sucedería? ¿Acaso sus discursos eran aburridos? ¿O se creía el mejor, y no estaba dispuesto a efectuar el rol que por un golpe de suerte había sido llamado a desempeñar?

Le convenía abrir los ojos y no acumular más cansancio en sus párpados. ¡Estaba en un momento histórico, carajo, por lo que tenía que concentrarse! Pero ya no lo amenazaría con una furiosa represión; si bien como sargento del ejército patrio no estaba dispuesto a tolerar veleidades estúpidas en uno de sus subordinados, advirtió que ese conscripto era hijo de brutos que habían vivido en chozas durante siglos, y que la dinámica de la guerra pronto borraría sus características de pendejo burlón. Estaban por pasar de la teoría a la práctica, y lo más probable era que a Ayala lo derribarían en los primeros combates puesto que no había alineado su mentalidad dentro de los voraces principios de un guerrero. Américo Ayala ya era una baja a la que ni siquiera había que tratar con la fastuosidad que se le dedica a quien se le dispensa una pena ejemplar.

Por lo que no se detuvo y ordenó continuar la marcha hacia hipnóticos objetivos, y gradualmente el firmamento se fue oscureciendo. Una vez más se sintió a la magnética tracción que ejerce la bóveda negra de arriba sobre la tierra. Vientos fríos salían del mar y bailaban sobre los inexpresivos rostros de los jóvenes. En apariencia el mundo continuaba con sus periódicos cursos sin atisbos de crueldad, y la bendición que recibirían los jóvenes en sus próximos sueños sería infinita.

Cuando pararon para llenar a sus estómagos con porotos, se sintieron más seguros; probablemente el hambre los había entorpecido o les creó algunos titubeos; tener las entrañas vacías era un albur en el que se multiplicaban las creencias confusas.

De pronto se encontraron rastros del enemigo cuando escucharon caer a algunas bombas a las que clasificaron de acuerdo a sus frecuencias y contigüidades. Por fin aparecieron formas inteligibles con un esperanzador

nivel de hostilidad.

Los conscriptos procuraron establecer un inmediato punto de enlace, ya que Sampinguelli les ordenó que se dirigieran a una amplia pendiente circular. Con pertinentes risas de alivio, ese sargento dictaminó que sus hombres cierran los pasos del norte, y reduzcan al máximo a las potenciales posiciones en las que el enemigo podría acantonarse. Por fin, de una perene situación defensiva, pasarían al ataque.

Gabriel Acosta, Pablo Echerrevía, y Facundo Bazo, no dudaron en proceder, aunque los blancos eran variables, borrosos, y difíciles de identificar. Lamentablemente no consiguieron elegir y ni siquiera discernir a quienes atacar, pero vaciaron todas sus municiones como si el hacer esa ruidosa manifestación fuera algo que le debían al sargento, y a la mismísima patria. No se supo si ejercieron propiamente el oficio militar, pero sí que dieron inequívocas indicaciones de quienes eran. Se mostraron agresivos y todopoderosos para aparentar ser innumerables.

Por otra parte, Américo Ayala había intercambiado sincréticas dicciones con Antonia y María. Recordó que en sueños su madre le había aconsejado desplazarse, desligarse de sus compañeros y convertirse en un extraviado (lo que asimismo era una desafortunada condición inherente a la generalidad del género humano). Así, se desvió por inconexos destinos, y de a poco, la noche y sus inseparables alternativas geográficas le fueron nublando la mente. Creyó que se dirigía al norte, pero había dado tantas vueltas que terminó en un pequeño arroyo que según sus instintos corría hacia el sur. Al llegar ahí tuvo pensamientos amorosos hacia su novia, y arrancó algunas flores que crecían en las orillas para colocarlas en su regazo.

El sargento Sampinguelli se mantuvo en la retaguardia con la certidumbre de que así haría la más amplia lectura de la guerra, y mantendría ininterrumpida la comunicación con el grueso del ejército. Sin embargo, por radio le llegaban corrompidos sonidos a pesar de que había aplicado con corrección a las rubricadas contraseñas, y se recluyó hondamente en un nervioso mutismo cuando comprobó que no se reestablecían la frecuencia de las ondas.

En pocos minutos se dio cuenta que esa trascendente gesta histórica estaba siendo abolida por un desperfecto técnico, y que, al fallar la comunicación con el ejército, los que antes fueron sus fieles discípulos se habían transformado en jóvenes ignorantes. Ante esa desnaturalizada situación, Sampinguelli se mantuvo firme en sus convicciones: retrocedió para salvaguardar los ideales del ejército.

Pegó la vuelta porque sabía que lo imposible nunca se haría viable. Como sargento representaba a la invicta institución militar y de ninguna manera aceptaría que, a través de un mal barajado sacrificio, se produjera su

deceso y una pérdida en la identidad mística de las Fuerzas Armadas. Por lo que estableció un itinerario de movimientos lentos y juiciosos, con la intención de ser capturado en forma pacífica por los ingleses. A su ubicación la denunció con un blasón blanco, que confeccionó al rasgar una camiseta que guardaba en su mochila. Eso permitió que fuera arrestado sin recelos. De acuerdo a las más civilizadas costumbres de la guerra, una patrulla inglesa lo escoltó hasta el poblado.

El 13 de junio de 1982 los soldados Gabriel Acosta, Pablo Echerravía, y Facundo Bazo, fueron abatidos pese a la intrepidez con que se habían lanzado a la ofensiva. Una ronca oscuridad cayó sobre ellos como un mazazo, y quedaron tendidos en un suelo que enseguida absorbió a sus chorros de sangre. En ese mismo día, o a una hora del 14 en que el sol aún estaba bajo, el soldado conscripto Américo Ayala fue tomado prisionero en un alejado sector de la isla.

Después de que el sargento Sampinguelli y el conscripto Ayala cedieron sus armas fueron despachados a una barraca, en donde se reencontraron y bebieron la sopa dulce que les ofrecieron dos enfermeras auxiliares del ejército enemigo. Estaban embargados por la tristeza, pero se abstuvieron de hablar de lo que pasó, y se llamaron por sus nombres de pila como si fueran antiguos camaradas.

Fin (4-2-2018)